

COLONIALISMO E IMPERIALISMO

Entre el derribo de monumentos
y la nostalgia por la grandeza perdida

GUSTAU NERÍN

Shackleton
— b o o k s —

Colonialismo e imperialismo

© Gustau Nerín, 2017

© de esta edición, Shackleton Books, S. L., 2022

Shackleton
— b o o k s —



@Shackletonbooks

shackletonbooks.com

Realización editorial: Bonallevra Alcompas, S. L.

Diseño de cubierta: Pau Taverna

Diseño y maquetación: Kira Riera

© Ilustraciones y fotografías: todas las imágenes son de dominio público a excepción de las de The History Collection / Alamy Stock Photo (p. 37), CC BY-SA 3.0 / Wikimedia Commons (p. 39), Andrew0921, CC-BY-SA 3.0 / Wikimedia Commons (p. 108), Tubs, CC-BY-SA 3.0 / Wikimedia Commons (p. 113), ReinerH, CC-BY-SA 3.0 / Wikimedia Commons (p. 143), Pacha J. Willka, CC-BY-SA 3.0 / Wikimedia Commons (p. 158).

Cartografía incluida en los apéndices: Geotec

ISBN: 978-84-1361-132-7

Depósito legal: B 41-2022

Impreso por EGEDSA (España).

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Introducción	9
Las motivaciones del colonialismo	15
~ 1850-1950 ~	
¿Todo por dinero?	16
Por la patria, la civilización y Dios	19
La ciencia y la técnica del imperialismo	24
Conocer el mundo para dominarlo	28
Asia colonizada	33
~ Siglos XIX y XX ~	
El mundo árabe: de los otomanos a la sumisión	34
La India: la joya de la Corona	42
El Asia británica	48
Holanda, la potencia asiática	52
La expansión rusa	58
El Oriente francés	62
Asia: el imperio menor español	66
China bajo control exterior	71
Del Japón dominado al imperial	77
Los conflictos de la descolonización	84

El fin de la soberanía africana	85
~ 1884-1970 ~	
Francia cruza el Mediterráneo	87
África Occidental: la gran colonia francesa	91
Francia en África Central	94
Yibuti y Madagascar	96
La vertical británica	99
Las colonias británicas en África Occidental	104
El sueño de Bismarck	107
Italia: la nueva Roma de Mussolini	111
El Congo: la finca del rey de Bélgica	114
Portugal: primero y último	119
España: impotencia colonial	122
Oceanía colonizada	125
~ 1788-1992 ~	
El colonialismo inglés en Australia	125
Australia: del oro al autogobierno	131
Colonialismo inglés en Nueva Zelanda	136
Los ingleses en el Pacífico	139
Francia en Oceanía	142
El lago español	148
Los otros colonialismos	150
El continente menos descolonizado	153
Sociedades colonizadas, sociedades nuevas	155
~ Siglo xx ~	
La herencia: el Estado	155
El etnocidio	158
Producir para el mercado	162

No hay imperio que dure mil años	166
Construir España desde el colonialismo: desastre después del desastre	171
Tanteos imperiales en el siglo XIX	172
Un diminuto imperio africano	175
El imperio franquista	184
Abandonar África, sin querer abandonarla	187
La otra memoria colonial española	192
Revisar el colonialismo, en el siglo XXI	195
Disculpas de Estado y reparaciones	203
España, en la cola	217
Apéndices	223



Introducción

El mundo en que vivimos hoy en día es un mundo globalizado: una operación financiera en Singapur puede tener consecuencias fatídicas para los inversores de Montana, una mina del Congo explotada con medios rudimentarios puede ofrecer el coltán para los aparatos tecnológicamente más avanzados, un cualificado experto que trabaja en una multinacional de Silicon Valley puede haber nacido en uno de los países menos desarrollados del mundo...

Esta globalización bajo las pautas del capitalismo surgido en Occidente no hubiera sido posible sin el colonialismo. Puede decirse que este se remonta, como mínimo, al siglo xv, cuando los portugueses se lanzaron a explorar los océanos. Pero también hay autores que encuentran antecedentes anteriores: en las cruzadas, o incluso en la Reconquista de la península ibérica...

En realidad, la primera gran oleada colonial afectó, básicamente, a amplias zonas de América (no a todo el continente, ya que algunas regiones, como el interior

de Norteamérica o la Patagonia, solo caerían en la órbita de Occidente en el siglo XIX). Por lo que respecta al resto de los continentes, en los siglos XV y XVI los europeos solo ocuparon pequeños enclaves en África, Asia y Oceanía, así que la mayoría de los habitantes de estos territorios se mantendrían al margen de las dinámicas coloniales europeas hasta bien entrado el siglo XIX. De hecho, en 1850, la mayor parte de las sociedades de estos tres continentes no estaban sometidas a la tutela occidental.

El punto más álgido de la expansión colonial se produjo entre las últimas décadas del siglo XIX y los primeros años del XX, cuando los europeos se lanzaron a la conquista de grandes extensiones de territorio y sometieron a casi todas las sociedades del mundo a las dinámicas políticas y productivas de Occidente. Se trató de un dominio breve, pues esas grandes áreas de África, Asia y Oceanía solo se mantuvieron bajo el yugo europeo durante algunas décadas, pero tuvo serias consecuencias: Europa aprovechó su poderío sobre el planeta para moldear a muchas sociedades en unas determinadas formas de vida y de producción, aquellas que le resultarían de mayor utilidad en el futuro.

Este libro se centra en el período más potente del imperialismo, el que se desarrolló a partir del siglo XIX (y que tuvo su momento álgido hacia 1870 con la aparición de la «era del imperialismo»). Sus principales es-

cenarios fueron África, Asia y Oceanía, porque América en ese momento ya se había descolonizado. Los objetivos de las metrópolis que protagonizaron esta etapa distaban de los de la primera oleada colonizadora. La mayoría de las potencias occidentales que culminaron una expansión ultramarina antes del siglo XIX no pretendía afirmar su poder sobre extensos territorios: su prioridad básica era controlar algunos enclaves desde los que les fuera posible monopolizar rutas comerciales o atacar a sus potenciales enemigos.

Por otra parte, a partir del siglo XIX, de forma creciente, los estados fueron desplazando a las compañías privadas como principales agentes del colonialismo: el imperialismo, en su fase más avanzada, no fue un asunto de inversores protegidos por el Estado, sino de los mismos gobiernos, que tomarían la iniciativa en este campo.

En cierta medida, el colonialismo español en América fue lo que más se aproximó al colonialismo europeo del siglo XIX, en el sentido de que fue una iniciativa básicamente estatal, encaminada a la conquista de grandes extensiones. La diferencia fundamental entre el colonialismo español de los siglos XVI, XVII y XVIII, y los colonialismos europeos del XIX radicaba en los recursos disponibles para la colonización. Hasta el siglo XIX, los medios de transporte y las comunicaciones eran muy deficientes, y esto imposibilitó la formación de un

imperio estrictamente centralizado dividido entre varios continentes. Para garantizar la gobernabilidad de América, España se vio obligada a establecer virreinos que tenían una amplia autonomía, muy distintos de las colonias de los siglos XIX y XX, sometidas a un férreo control de la metrópolis. Por otra parte, el potencial bélico de los europeos en los siglos XIX y XX permitió un dominio mucho mayor sobre las poblaciones locales.

Y, pese a todo, el colonialismo estaba condenado, a priori, a su desaparición. La imposición de un dominio exterior sobre cualquier población genera resistencias, y estas acaban siendo costosas, tanto a nivel económico como social, tal y como experimentaron los franceses en Argelia, los ingleses en Kenia, los holandeses en Indonesia... Y a medida que los colonizados iban adquiriendo los conocimientos técnicos de Occidente, su capacidad de resistencia se incrementó. Resultó muy difícil someter a grandes masas de población a partir del momento en que estas ya disponían de sistemas de escritura, armas de fuego, medios de transporte, telecomunicaciones, etc.

En las colonias de poblamiento, aquellas en que la población autóctona había sido sustituida básicamente por ciudadanos occidentales, los procesos descolonizadores fueron muy rápidos y poco traumáticos, pues las metrópolis reconocieron a sus habitantes el derecho de autogobierno. A principios del siglo XX, la mayoría de

estas, como Canadá o Sudáfrica, redujeron su dependencia respecto a las metrópolis, aunque mantuvieron distintos grados de vinculación con ellas. En cambio, el proceso fue mucho más tenso en las colonias de explotación, donde no se había producido un proceso de sustitución de población, porque los colonizadores eran mucho más reacios a reconocer los derechos de los colonizados. Pero tras la Segunda Guerra Mundial se hizo evidente que la era del colonialismo terminaba: las resistencias se incrementaron, y el equilibrio geoestratégico se tornó claramente favorable para los partidarios de la autodeterminación de las colonias. El fin del colonialismo solo era cuestión de tiempo, a excepción de unos pocos enclaves que continuarían sometidos.

Este libro se estructura en siete capítulos. El primero se concentra en estudiar los motivos que llevaron a Europa a conquistar el mundo, para lo que incorpora las más recientes discusiones en el campo de la historiografía colonial. Los tres capítulos siguientes se centran en investigar lo sucedido durante el período colonial en los tres continentes estudiados: Asia, África y Oceanía. Estos tres capítulos se dividen geográficamente y toman como eje de sus subcapítulos a las diferentes metrópolis coloniales. El capítulo quinto está consagrado a los cambios políticos, sociales, económicos y culturales que supusieron las colonizaciones y a la herencia que estas han dejado en los pueblos asiáticos,

africanos y oceánicos. El capítulo sexto analiza la relación de la sociedad española con el hecho colonial. Y el último capítulo incluye una reflexión sobre las distintas visiones del colonialismo que perviven en el siglo XXI, tras el auge del movimiento Black Lives Matter.

Las motivaciones del colonialismo

~ 1850-1950 ~

La historia del expansionismo se remonta a tiempos muy lejanos. Tenemos constancia de que lo practicaron los romanos, los mongoles, los vikingos, los aztecas... Pueblos muy distintos se han lanzado en determinado momento a la conquista del mundo, pero no todas las sociedades tuvieron ambiciones coloniales, ni todas dedicaron enormes esfuerzos a la conquista de territorios remotos. Ni siquiera los pueblos europeos tuvieron siempre tales ambiciones, ya que durante siglos conocieron territorios lejanos, pero no se propusieron su conquista. Los portugueses, los ingleses, los franceses y los holandeses se pasaron cuatro siglos comerciando con la costa africana antes de lanzarse a la conquista de este continente en la «carrera por África». ¿Qué llevó a tantos países a acometer simultáneamente, en el siglo XIX, la conquista del mundo? Los historiadores todavía no están completamente de acuerdo en los motivos.

¿Todo por dinero?

Hasta hace algunos años, se creía que la deriva colonial europea tenía su origen en las mismas dinámicas del capitalismo. Se argumentaba que había sido la acumulación primaria de capital creada con la esclavitud y el cultivo de azúcar (así como con la labor de los agricultores que trabajaban en Europa) la que había permitido desarrollar los complejos fabriles del continente en la Segunda Revolución Industrial. A su vez, estos complejos producirían numerosos excedentes que se tratarían de colocar en los mercados exteriores: crear colonias era una forma de obtener mercados cautivos, ya que estas estaban obligadas a comprar las producciones de la metrópolis, lo que suponía una salida segura para la superproducción. Por otra parte, se argumentaba que la ampliación de mercados en las colonias permitía colocar los capitales que tenían difícil salida en Europa. Al fin y al cabo, el capitalismo tiende de forma natural al crecimiento, y parece obvio que la expansión territorial es una de sus dinámicas.

Buena parte de la documentación disponible apoya aparentemente esta hipótesis. Cuando las naciones europeas se lanzaron a la conquista del mundo, anunciaron que esperaban obtener ingentes beneficios de los territorios que conquistaban. En algunas posesiones, determinadas empresas lograron grandes ganancias

(solo cabe citar, como ejemplo, el enriquecimiento del rey Leopoldo II de Bélgica con el Estado Libre del Congo). Las industrias europeas se beneficiaron durante décadas de las materias primas baratas procedentes de las colonias: algodón, azúcar, café, té, cacao, cacahuete, especias, cobre, uranio, petróleo, etc.

Ahora bien, los estudios de los historiadores económicos de los últimos años han tendido a cuestionar o relativizar estos principios. En primer lugar, hubo muchos territorios coloniales en que los costes del mantenimiento de la colonia superaron con creces los beneficios (desde las colonias africanas alemanas hasta el Sahara español). Los sueños de riqueza que impulsaron la colonización en un primer momento no se confirmaron después. De hecho, no fueron tantas las colonias que ofrecieron grandes beneficios. Con el agravante de que buena parte del gasto corría a cargo de entidades públicas y las ganancias recaían en el sector privado. Aunque algunos países europeos, como Portugal, temían que la descolonización supusiera un grave golpe para sus economías, en realidad, los procesos de independencia de Asia, África y Oceanía no pusieron en dificultades a ninguna de las metrópolis. Algunos historiadores opinan que se hubiera podido obtener mayores beneficios de los territorios de ultramar estableciendo acuerdos con las sociedades locales sin necesidad de asumir los altos costes que implicaba

la colonización. En realidad, excepto para el caso inglés, las colonias solo ofrecieron una pequeñísima parte de las importaciones que Europa requería para la industrialización y representaron un mercado mínimo para las producciones occidentales.

Por otra parte, los historiadores económicos que han estudiado en detalle las empresas coloniales han constatado que, de media, sus beneficios eran inferiores a los de las empresas situadas en las metrópolis, siempre y cuando se computaran como gastos empresariales los costes asumidos por los Estados colonizadores. Es decir, apuntan que el crecimiento económico hubiera sido mayor si estos capitales se hubiesen invertido en los propios países europeos y no en ultramar. Hay también quienes argumentan que la apuesta de muchos capitales metropolitanos por mercados coloniales simples y poco sofisticados repercutió en una reducción de las inversiones en sectores con más potencial de desarrollo, como la tecnologías. Según estas teorías, pues, la explotación colonial no benefició a las clases populares europeas, sino que, por el contrario, la expansión ultramarina repercutió en beneficios cuantiosos para unos pocos capitalistas.

Aunque los estudios sobre el tema no son concluyentes, cada vez se tiende más a cuestionar que la economía, por sí sola, explique la expansión colonial.